

Hernando — hemos visto varias veces — poseen el defecto de no traer fe de erratas).

En la nota preliminar que antecede a cada uno de los textos, Marín Peña expone breve y claramente el contenido de cada uno de ellos y da sus propios juicios críticos; al mismo tiempo nos informa sobre los problemas de interpretación y de autenticidad o atribución que han suscitado entre los filólogos e historiadores modernos, y consigna datos completos sobre los primeros manuscritos y las copias posteriores que se conservan de los textos en cuestión; cada uno de éstos está documentado también con notas explicativas que van al final del volumen (60, 61 y 72 notas, respectivamente).

EFRÁIM ROJAS BOBADILLA.

GIOVANNI MARIA BERTINI, *Testi spagnoli del secolo XV<sup>o</sup>*, a cura di G. M. Bertini con la collaborazione di R. Radicati di Marmorito. Torino, Editore Gheroni, 1950. 186 págs.

En un pequeño volumen, cuidadosamente impreso, nos ofrece Bertini una selección de textos literarios españoles del siglo xv, recogidos de los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid.

El editor se propone, como lo dice en la *Nota Preliminar*, volver por los fueros de los escritos literarios españoles de aquel siglo, comúnmente menospreciados por los historiadores de la literatura hispana. Se queja Bertini del escaso interés que han mostrado estudiosos de la categoría de Menéndez Pidal, Casares, Vossler y otros por los escritos del Cuatrocientos y quiere hacer ver la injusticia de semejante conducta con la reproducción de preciosos manuscritos, ricos en cuanto a su contenido espiritual, y valiosos en el plano literario, por cuanto muestran la riqueza de una lengua que apenas surgía como entidad autónoma y arrolladora.

Se ha considerado al español del siglo xv como una lengua exageradamente latinizante, y Bertini nos ofrece el testimonio de Erasmo Buceta que atribuye tal tendencia a la influencia predominante que en el desarrollo de la cultura europea ejercía el movimiento de los benedictinos de Cluny, del siglo xi en adelante. Pero, simultáneamente, es palpable la fuerza que el alma nacional española proyecta sobre la lengua de Castilla, que tiene ya desde entonces contornos definidos e inconfundibles. El editor subraya, sobre el particular, cierto pasaje de uno de los manuscritos por él recogidos, *De vita beata*, en que Juan de Lucena dice al Marqués de Santillana: "Nuestro romance... ageno de moral philosófica lo pensava: jamás crey poderlo acomodar en cosas tamañas. Tú agora ni grecas letras, ni latina feziste fazerte men-gua. Tan polida, tan breve, tan alta y tan llana nos diste tu conclusión, que nos diste nueva doctrina del hablar castellano".

En su interés por reivindicar los méritos intrínsecos del habla castellana del Cuatrocientos, Bertini llega a considerarla como genitora

de las grandezas literarias del Siglo de Oro, identificándola, por otra parte, con la tradición del *Refranero* que, en sentir de Juan de Valdés, es la expresión más auténtica del lenguaje nacional.

Como comprobación de sus asertos nos ofrece Bertini el contenido de tres valiosos manuscritos, elaborados precisamente en el siglo del español dicho latinizante.

Ante todo el *Liber magistri rremonis*, traducción al castellano del celebrado *Llibre d'amic e amat* de Ramón Lull. La transcripción que hace Bertini del manuscrito n. 74 de la Biblioteca Nacional de Madrid pone en nuestras manos una de las más sublimes obras de la literatura mística universal, comparada por algunos al mismo *Cantar de los Cantares*. En Ramón Lull, escritor del siglo XIII, aflora toda la espiritualidad afectiva cristiana, que ha de hallar su máxima consagración en los escritos de San Juan de la Cruz. Desgraciadamente, el traductor anónimo del siglo XV ha suprimido en la versión un considerable número de versículos, del 304 al 366, quedando así trunca la más preciada joya lulliana de la literatura.

Lulio ocupa un lugar muy destacado en las letras medievales hispanas y es oportuno recordar que, gracias a él, se proyectaron en el mundo español las energías místico-intelectuales del franciscanismo entonces naciente. El *Llibre d'amic e amat* parece formar parte de una obra más amplia del inquieto peregrino de Miramar, el *Llibre d'Evasi e Blanquerna*, aunque aún difieren los críticos en la solución de este enigma literario. En todo caso, el libro que nos ofrece Bertini tiene individualidad propia y es tal su belleza literaria y la fuerza interna de su mensaje, que cualquier comentario laudatorio sobra.

El segundo texto incluido por Bertini en su selección se basa en el ms. 6186 de la Biblioteca Nacional de Madrid. Se trata de la *Lamentación de D. Alvaro de Luna*. El editor nos brinda aquí una composición rica por su originalidad y rara belleza. El códice original es bien heterogéneo, según se desprende de la descripción que de él hace Bertini. La *Lamentación* transcrita ocupa del folio 194r. al 204r. del manuscrito. El resto lo integran una serie de cartas antiguas. Una copia hecha en el siglo XIX ha servido de guía a la transcripción de Bertini.

Finalmente, encontramos en el volumen reseñado una transcripción del *Diálogo de Vita Beata* (ms. 6728 de la Biblioteca Nacional de Madrid) de Juan de Lucena, que inspiró, según Bertini, el *Dialogus de felicitate vitae* de Bartolomeo Fazzio, escritor italiano de esa época. No deja de apreciarse un parentesco, en cuanto a la motivación más íntima del *Diálogo*, entre el de Lucena y el clásico de San Agustín, *De beata vita*, que lo precede en varios siglos. La lectura de ciertos pasajes del de Lucena trae forzosamente a la memoria el anhelo místico de San Agustín, cazador inimitable de la eterna felicidad.

Por lo demás, la edición que Bertini ha hecho de estos textos de la literatura castellana del siglo XV nada deja que desear. La reproduc-

ción es fiel en extremo, pues apenas si modifica la acentuación y la puntuación, según el uso moderno. En esta forma podemos deleitarnos con la lectura de textos arcaicos, ilustrados con notas, oportunas aunque escasas, que ayudan a la comprensión total de los mismos. Y, como corolario, un *Glosario* reducido nos ofrece la equivalencia moderna de términos demasiado añejos para su fácil asimilación. En síntesis, una obra meritoria, lograda con éxito y a satisfacción.

KARL BÜHLER, *Teoría de la expresión. El sistema explicado por su historia*. (Biblioteca Conocimiento del Hombre). Traducción de Hilario Rodríguez Sanz. Madrid, *Revista de Occidente*, 1950. 274 págs.

La *Revista de Occidente* nos ofrece, con una introducción de José Ortega y Gasset, la traducción de una de las obras principales del Profesor Karl Bühler, Director que fue del Instituto de Psicología de la Universidad de Viena.

El valor de esta obra es singular como que nos pone en contacto con uno de los aspectos más interesantes, aunque hasta hoy poco estudiado, del conocimiento del hombre: la expresión como índice de las fuerzas espirituales humanas. Reseñar esta obra, por esta circunstancia, no es tarea fácil ni que pueda dejar satisfechos al reseñador ni a los curiosos investigadores que tropiecen con estas notas. Así y todo, procuraré dar una visión global del libro, añadiendo al fin algunas observaciones personales sobre el contenido del mismo y sobre las peculiaridades de la versión del señor Rodríguez Sanz.

Se abre la obra con una Ojeada histórica, a través de la cual el Profesor Bühler ha querido ofrecernos una visión de conjunto sobre los aspectos que ha tomado el estudio de la expresión en la historia, especialmente del siglo XVIII en adelante. Viene luego la explicación de dos modalidades clásicas, sobre las que siempre se ha desarrollado la teoría de la expresión: se trata del estudio de lo *fisonómico* y de lo *patonómico* con relación, o como premisas fundamentales, a cualquier investigación sobre este aspecto de las ciencias antropológicas. Siguiendo los pasos de E. Kretschmer y Georg Christoph Lichtenberg, Bühler establece diferenciaciones bastante sutiles entre estos dos aspectos en que puede proyectarse el estudio de la expresión. Digo que en esto hay mucho de sutileza porque, aunque en el terreno de la *patonómica* amplía Bühler el proceso investigativo hasta "el conocimiento de los signos naturales de los movimientos del ánimo en todas sus gradaciones y combinaciones", no puede saberse a ciencia cierta hasta dónde llega el *fisionomista* con sus clasificaciones por tipos y en dónde debe comenzar la labor de la *patonómica* con su empeño por abarcar matices expresionistas que se escapan a los rígidos moldes consagrados por Lichtenberg. Sobre el particular son interesan-